

senne, cuya gran piedad y profunda ciencia han sido igualmente admiradas de los que le han conocido, ha dudado si la Luna no era una Tierra, á causa de las aguas que notaba en ella, y si las que rodean la Tierra en que estamos podrian hacer conjeturar la misma cosa á los que estuviesen alejados de ella sesenta semidiámetros terrestres, como estamos nosotros de la Luna. Lo cual puede pasar por una especie de afirmacion, por cuanto la duda, en un hombre tan grande, está siempre fundada en una buena razon. » — Otro celoso partidario de las doctrinas de Descartes, Enrique Leroy, llamado Regius, insiste como Patrizzi sobre la relacion que liga la Luna y la Tierra, y que parece hacer de ellas dos astros afines por su destino como lo son por su posicion en el espacio. (*Philosophia naturalis*, 1654). — El autor de la *Selenografia* (1647), Juan Hevelius, ha pasado la mayor parte de su carrera de astrónomo en el estudio del país lunar, cuya configuracion geográfica ha sido el primero en describir; participa de la idea de los teóricos precedentes que asimilan el globo lunar al globo terrestre.

CAPITULO VI

LA LUNA CONTINÚA SIENDO EL PUNTO DE REUNION DE LOS VIAJEROS. *El Hombre en la Luna*, DE GODWIN. — *El Mundo en la Luna*, DE WILKINS. — EL PARAISO EN LA LUNA. — RHEITA : *Oculus Enoch et Elia*. — CURIOSA ALIANZA DE LAS IDEAS ASTRONÓMICAS Y DE LAS IDEAS RELIGIOSAS.

(1638 - 1645)

La invencion de los anteojos que acortaban las distancias excitó en los espíritus ingeniosos un movimiento nuevo de que no hay ejemplo en ningun siglo anterior. Desde Cristóbal Colon, la imaginacion creó algunos centenares de viajes á las islas australes, á los archipiélagos indios, á las tierras de los antípodas; en la época á que hemos llegado, toma aquella un vuelo mas vasto y se lanza mas allá del Mundo en que estamos : es el período romancesco de nuestra doctrina.

The Man in the Moon, by GODWIN, London, 1638.

El Hombre en la Luna, ó el Viaje quimérico hecho al Mundo de la Luna, por Domingo GONZALEZ, aventurero español. — Paris, 1648.

Esta historia, á la vez muy entretenida y muy sen-

CAPITULO VI
ALFONSO

cilla, es una obra póstuma del obispo inglés Francisco Godwin de Llandaff, publicada en 1638. Fué traducida diez años despues al frances, por Juan Baudoin, fecundo traductor, á quien se deben traducciones de Tácito, Suetonio, Tasso y Bacon. Mas bien que traducida, debemos decir imitada, porque en vano se buscaria en ella una trascripcion literal del original inglés, mas positivo y mas grave. El autor frances presenta así su opúsculo al lector: «Posible es que este nuevo Mundo no encuentre mejor acogida en tu opinion que el que tuvo al principio el de Colon; sin embargo esas grandes tierras de América cuya primera idea tuvo él, han recibido despues una infinidad de colonias, y aunque fuesen entónces desconocidas, al fin se ha demostrado que su extension no es menor que la de todo el resto del mundo. Y si esto no te persuade bastante, no tienes mas que recordar que lo que es verdadero respecto á los antípodas, ha sido en otro tiempo una paradoja tan grande como esta: *que hay en la Luna diversos pueblos que la habitan y que se gobiernan entre sí de una manera muy diferente de la nuestra.* Estas verdades parecen haber sido reservadas particularmente á los siglos en que estamos.»

El autor imaginario del Viaje á la Luna es Domingo Gonzalez, hidalgo de Sevilla. El primer tercio de la novela, está ocupado por la narracion de las vicisitudes de la vida de hidalgo, de un largo viaje á los antípodas, y de la llegada del aventurero á una isla solitaria, la isla de Santa Elena. En esta isla, que un gran nombre debia hacer tan célebre con el tiempo, habitó durante un año nuestro aventurero y su negro; no pudiendo familiarizarse con los hombres, por la razon, dice, de que no habia ninguno, buscó la compañía de las aves y de las bestias salvajes. Púsose particularmente á domesticar *cisnes salvajes* (gansos), que no existen sino en aquella parte del mundo, á dirigir su vuelo hácia los objetos blancos, á servirse de ellos, para llevar carga, y mas tarde en fin á hacerse trasportar él mismo con ayuda de una reata de aquellos lamelirostros. Pero sucedió que, á consecuencia de aventuras que seria superfluo referir,

nuestro héroe se escapó con ayuda de los gansos de un barco que naufragaba y fué llevado á la cima del pico de Tenerife. Era entónces la estacion en que estas aves, del número de las de paso, acostumbran echarse á volar en bandadas, y hé aquí que en reminiscencia de su viaje ordinario nuestros cisnes se elevan, se elevan... ¿adónde? El autor montado en su baston (que era todo su equipaje) no lo sabia, pero bien pronto notó que se alejaba de la tierra.

La primera experiencia aérea fué que á cierta altura los cuerpos no pesan ya. Las aves volaban con tal rapidez, que necesitó una resolucion española para no morirse de espanto. Bogó durante doce dias. Desde el primero se vió rodeado de una multitud de espíritus malignos que venian á espantar á sus corceles; sin embargo pudo hacer la paz con ellos, y aquellos demonios tuvieron tambien la atencion de proveerle de víveres y de una botella de vino de Canarias, para el resto de su viaje. Pero parece que en pleno éter no se sienta ya el aguijon del hambre ni el de la sed; solo al poner el pié sobre la Luna le volvió el apetito. Por desgracia cuando quiso sacar de su faltriguera la carne, los peces y el vino que habia recibido, no encontró mas que hojas secas, pelo de perro... y otros ingredientes que no nombraremos por decencia. Lo cual le manifestó claramente la naturaleza perversa de los espíritus del aire.

Durante su travesía, confirmó el movimiento de la Tierra y pudo convencerse de que los adversarios de Copérnico no sabian lo que se decian. Reconoció tambien que iba por la parte de la Luna, porque esta era cada dia mas grande, y muy luego descubrió sus valles y sus montañas. En fin sus *gansos* llegaron á la atmósfera de este astro. Podrá preguntarse sin duda cómo el viajero sentado en su baston, con las piernas colgando, y teniendo su cuerda con ambas manos, como lo manifiestan los grabados de que está adornada su obra maestra, durante el espacio de doce dias y doce noches, podia conservar semejante posicion. Y responde que en esta postura descansaba tan á su placer como si hubiese estado sobre un excelente colchon de plumas.

Antes de llegar á la Luna confirmó como última experiencia que los que colocan una region de fuego encima de la region del aire son verdaderos ignorantes, que nunca han visto el menor indicio de lo que suponen. Tocó en la Luna un mártes 11 de setiembre cuando aquel planeta estaba en el grado 20 de Libra, y llegó suavemente á una montaña. (El narrador no ha reflexionado que al entrar en la esfera de atraccion de la Luna, debia caer y no ser arrastrado por sus gansos.)

Véase aquí un modo nuevo y primitivo de hacer excursiones á la Luna; andando el tiempo le seguirán otros muchos, muy á menudo sin tener noticia los unos y los otros.

Pero veamos qué impresion le hizo nuestro satélite á su llegada.

« Noté primeramente, dice, que, así como el globo de la Tierra parecia allí mucho mayor que á nosotros la Luna, así tambien muchas cosas se descubrian allí incomparablemente, y me atrevo á determinar treinta veces mas largas y mas anchas que en nuestro Mundo. Sus árboles superaban en un tercio de altura á los de nuestros bosques; sus animales son tambien mayores que los nuestros, pero no ofrecen ninguna semejanza con ellos, á no ser las aves, que parecen ser las que se ausentan de nuestro Mundo durante el invierno y que podrian muy bien ir á pasarle en la Luna. »

Nuestro aventurero estaba ocupado en comer hojas y en mirar á sus preciosos gansos, cuando se vió rodeado de cierta clase de gente, cuya estatura, aspecto y vestido le parecieron muy extraños. Tenian estatura diferente, pero la mayor parte dos veces mayor que la nuestra, la tez aceitunada, el gesto agradable, y vestidos tan extraños que es imposible hacer comprender su forma y materia. El color mismo no podria imitarse; no era ni blanco, ni negro, ni rojo, ni verde, ni amarillo, ni azul, ni ninguno de los colores compuestos de los anteriores: no es posible definirlo como no lo es hacer comprender á un ciego la diferencia que hay entre el verde y el azul.

El rango social de los hombres de la Luna está fijado

segun su estatura. Hay ademas tres especies de hombres: los de diez piés, los de veinte y los de treinta. Los primeros que encontró eran de la especie de veinte piés. El mas alto de la partida se prosternó delante de él, y despues le condujo á su palacio, cuyas habitaciones tenian cincuenta piés de altura.

Su lenguaje es musical y universal. De modo que, entre todos los pueblos de la Luna, el nombre de nuestro héroe, Gonzalez, se pronuncia de este modo :



El príncipe del país, llamado Pylonas (al ménos en cuanto se puede conjeturar por sus tonos), era el mas alto de la provincia, pero todavía no era mas que un príncipe, porque conviene decir que la Luna entera está gobernada por un solo monarca, que tiene bajo su mando veintinueve príncipes, cada uno de los cuales tiene otros veinticuatro. A este último orden pertenecia Pylonas. Refiere la tradicion que la familia real es originaria de la Tierra, de donde fué el primer monarca, Irdonozur; los miembros de esta augusta línea viven 30,000 lunas, es decir 1,000 años. Difícil es saber cómo establece el autor esta segunda deducccion.

Un fenómeno muy notable se observa diariamente en la superficie de la Luna. Hay allí tan poca pesantez, que cuando un hombre salta ó brinca, suele elevarse á cincuenta ó sesenta piés y no volver á caer, porque se encuentra entónces fuera de la esfera de atraccion lunar. Con ayuda de abanicos que se agitan en los aires cuando se hallan así á cierta altura, se viaja fácilmente.

Domingo Gonzalez fué muy bien recibido por los príncipes á quienes visitó, hasta el punto de que le costara grandes esfuerzos obtener el permiso de volver á la Tierra. El invierno de 1600 á 1601 fué el que pasó en aquel Mundo. Se admiró de que haya allí dias de medio mes y noches de igual duracion, y no ménos se sorpren-

CABRERA ALFONSO

dió de ver que la mayor parte de los habitantes duermen durante todo este largo día, desde la salida á la puesta del Sol, porque no pueden soportar el brillo de aquella luz; y que hacen su día de la noche, alumbrados como están por la Tierra, desde su primero á su último cuarto. Segun la costumbre comun, él se durmió á la salida del Sol y estuvo durmiendo quince dias.

Una mañana muy temprano el rey de la familia Irdo- nozur le mandó llamar, y se informó de su historia ma- ravillosa. Entre los regalos que le hizo, se nota cierto diamante, llamado *pedra lunar*, que goza de una asom- brosa propiedad: aplicada por una cara sobre el cuerpo lo hace ligero; por la otra cara aumenta el peso. En cuanto á la piedra que hace á uno invisible, parece que los hombres lunares como nosotros, no la han encon- trado.

Los habitantes de la Luna son buenos, están exentos de miserias y viven largo tiempo. Allí no se conocen ni robos, ni perfidias, ni asesinatos. Aun despues de la muerte conservan este privilegio; los cuerpos permanecen intactos sin sufrir ninguna alteracion, y cada familia conserva sus antepasados. La muerte no es para ellos sino un tránsito á una vida mejor; y se regocijan de ella, sin hacer aspavientos, ni gestos, dice el autor, muy al contrario de nosotros que, la mayor parte de las veces, en casos semejantes, nos fingimos tristes sin estarlo; ó si lo estamos, es por nuestros intereses particulares mas bien que por el pesar que nos cause la pérdida de nuestros amigos.

En el mes de marzo del año 1601, como tres de sus cisnes hubieran ya muerto, nuestro viajero temió, espe- rando mas tiempo, no tener medio de pasar á la Tierra. Por tanto, se apresuró á despedirse de Pylonas, el cual le suplicó saludase de su parte á Isabel de Bretaña, como la señora mas gloriosa de su siglo. Él se lo prometió; y el juéves 29, tres dias despues de despertar del adormecimiento que le habia causado la claridad de la última luna, se entregó á la discrecion de su máquina, tomó las joyas del rey y algunos víveres, y en presencia de una muchedumbre inmensa de gente que estaban con

la boca abierta, soltó las riendas á sus cisnes salvajes.

Diez dias despues llegó á China, en donde se hizo pasar por brujo, aprovechándose de las singulares pro- piedades de la piedra lunar que el rey Irdo nozur le habia regalado. — A este viaje anecdótico sigue una obra seria:

A discourse concerning a new World and another Pla- net, in two books, by John WILKINS. — London, 1640.

Le Monde dans la Lune, divisé en deux Livres: le pre- mier prouvant que la Lune peut être un Monde: le second que la Terre peut être une planète. Par le sieur DE LA MONTAGNE. — Rouen, 1655 (1).

De estas dos obras, la segunda es, sin contradiccion, la traduccion francesa de la primera, con algunas modi- ficaciones adaptadas á la Francia católica, á veces muy poco respetada por el obispo inglés Wilkins (especial- mente cuando invita á los sacerdotes á preparar un viático eucarístico para los viajeros á la Luna). El señor

(1) (*El Mundo en la Luna, dividido en dos libros: probándose en el primero que la Luna puede ser un Mundo; en el segundo que la Tierra puede ser un planeta.*)

Dos volúmenes en dozavo, con grabados y una portada notable por su sencillez, que recuerda un poco la del *Diálogo* de Galileo. Repre- senta la orilla del mar. El horizonte lejano está formado por la línea en donde parecen reunirse el cielo y las aguas. Por encima de este horizonte está dibujado el sistema planetario. En la orilla hay tres personajes: Copérnico, á la izquierda, tiene en la mano un juguete de niño, el Sol y la Tierra; Galileo, á la derecha, tiene un telescopio; Kepler le habla al oido. Sobre las órbitas celestes, se ven las divini- dades á caballo: Vénus sobre su órbita; Saturno, con su guadaña, se mantiene en equilibrio como puede sobre el último círculo.

La obra de Wilkins obtuvo algun éxito. Fué traducida al frances en Lóndres mismo, en 1640, en 8º, bajo el título de *Découverte d'un nouveau Monde*, para manifestar que es probable que haya otro Mundo habitable en la Luna, y un Discurso para hacer ver la posibilidad del pasaje, á mas un tratado de los planetas. Tambien fué traducido en aleman en 1743.

CAPITULO ALFONSO

de la Montagne no cita ni el título, ni el país, ni el autor de la « pieza curiosa y llena de cosas bellas, cuya traducción ofrece á su patria; » pero comparando ambos libros se conoce muy pronto su identidad. El original inglés se publicó en dos veces ántes de aparecer en un solo volúmen. El primer tratado apareció con este título: *That the Moon may be a Planet* (que la Luna puede ser un Planeta); el segundo en 1639 con este título: *That the Earth may be a Planet* (que la Tierra puede ser un Planeta). Estos son los títulos de los dos libros que componen la edición francesa.

La coincidencia de la aparición de esta obra y de la de Godwin, de que acabamos de hablar, ha hecho acusar á Wilkins de plagio, porque, como el primero, habla de los medios que hay que emplear para subir á la Luna; pero esta acusacion no tiene fundamento, en razon á que ambos libros se publicaron con pocos meses de intervalo, y sobre todo por la razon de que Wilkins es un hombre grave, que trata la cuestion bajo el punto de vista de la ciencia física y religiosa, y sostiene su opinion con argumentos bien sentados, mientras que Godwin no ha escrito sino una novela, sin cuidarse de la solidez del fundamento sobre que la edificaba.

Esta obra, como casi todas las de la misma época, es notable por una preocupacion dominante de que no puede librarse autor ninguno. No es bajo el punto de vista científico como se considera la cuestion de la habitacion de los astros, sino bajo el punto de vista del dogma religioso; sus partidarios mas fervientes no procuran fundar su creencia en argumentos físicos ó fisiológicos, sino sobre el acuerdo más ó ménos fácil que se puede establecer entre esta idea y el cristianismo. No se cuidan tanto de saber si los otros Mundos están dotados de condiciones de existencia, de aire, de agua, de agentes caloríficos y luminosos, etc., como de si hay en la *Biblia* algun texto que permita esta opinion. Citemos del prólogo de este libro un pasaje que pone bien en evidencia esta grande preocupacion.

« Si hay personas tan supersticiosamente escrupulosas, dice el autor, que teman el que haya en estas opi-

niones de la Pluralidad de Mundos y del movimiento de la Tierra alguna cosa que contradiga á la religion ó á la Escritura, en el supuesto de que algunos parecen haberlas desechado otras veces, lo mismo que la de los Antípodas estas personas me permitirán que les diga francamente, que á ménos de sacarse expresamente los ojos del entendimiento y renunciar al sentido comun, deben necesariamente confesar y reconocer, que léjos de haber nada en estas opiniones que ataque en manera alguna á la fe, á la Escritura ó á la razon, hallarán por el contrario que concuerdan muy bien con todas tres, y contribuyen infinitamente á la mayor gloria del Criador. Todo esto se podrá ver por la lectura de este Discurso, el cual efectivamente, segun su principal objeto, quita todas estas dudas y escrúpulos, y responde muy sólidamente á todas las objeciones y á todos los argumentos principales que los del parecer contrario sacan de la razon ó de la Escritura. » El autor añade un poco mas léjos esta reflexion sencillamente delicada: « Si en estas materias espinosas, en que yo solo he trabajado, sin ayuda y sin asistencia de nadie, me ha sucedido alguna vez tropezar y extraviarme, me consuelo por un lado con la esperanza de que los sabios me lo perdonarán de buen grado y enmendarán mi error fácilmente, y por otro con la seguridad de que no lo echarán de ver los ignorantes. »

Al mismo tiempo que indica el objeto principal del libro, el pasaje que acabamos de referir da una idea suficiente de la grande independenciam de espíritu del autor y de su franqueza, en aquella época en que la hipocresía era mas favorable. En todo el curso de la obra, da prueba de una excelente facultad de raciocinio y á veces de cierta delicadeza, tanto mas notable cuanto que la candidez de nuestros abuelos no deja de esparcir en ella todavia su encanto infantil. El autor inglés y el autor frances son dos grandes liberales de su época. Admiramos su franca expresion.

Una de las primeras proposiciones tiene por título: « Que la novedad y singularidad que aparecen en esta opinion no es fundamento suficiente para probar que es errónea. » « En la investigacion de las verdades teoló-

gicas, dice el autor, el método mas raro es, ante todo, mirar á la autoridad divina, porque esta lleva consigo una evidencia tan clara á nuestra razon. Pero al contrario, en el exámen de los puntos de filosofia, seria obrar al revés principiar por el testimonio y opinion de los hombres, y despues descender á las razones que se pueden sacar de la naturaleza y de la esencia de las cosas mismas. ¡Cómo! dicen nuestros adversarios, una novedad como esta, ¿podrá destruir una verdad que por sucesiva tradicion ha pasado por todas las edades del mundo, y que no solamente ha sido recibida en la opinion vulgar, sino tambien de los filósofos mas sabios y doctos personajes? ¿Pensaremos nosotros tambien que estos excelentes personajes de que se ha servido el Espíritu Santo para redactar las letras santas por escrito, y que estaban extraordinariamente inspirados de las verdades sobrenaturales, estuviesen no obstante ignorantes sobre esto; que Josué, Job, David y Salomon no supiesen nada de ello? — A esto respondo que no debemos estar tan supersticiosamente ligados á la antigüedad para tomar por canónico cuanto sale de la pluma de un padre ó que ha sido aprobado por el consentimiento de los antiguos.»

Y concluye por estas palabras de Alcinoó: Conviene á cada uno, en la investigacion de la verdad, conservar siempre cierta libertad filosófica, y no hacerse esclavo de la opinion de un cualquiera hasta el punto de creer que todo lo que dice sea infalible. Necesitamos trabajar para descubrir lo que son las cosas en sí mismas, por nuestra propia experiencia y por un exámen completo de su naturaleza, y no por lo que otro dice de ellas.

El autor no cree (á lo ménos no lo dice) por esto, que el texto bíblico se halle tan fuera de la ciencia que se puedan encontrar entre aquel y esta contradicciones palpables, pero adopta el sistema de explicacion de que aún se sirven hoy muchos para defender la misma causa, á saber: que este texto es susceptible de una infinidad de interpretaciones, y que, en todo caso, está uno á cubierto con decir: que el Espíritu Santo acomoda su expresion al error de nuestras imaginaciones, y habla

de las cosas no segun son en sí mismas, sino segun lo que nos parecen. Por este medio se justificaban las palabras de Dios á Job, y las de Josué al Sol y á la Luna: « Sol, deten tu curso sobre Gabaon, y tú, Luna, sobre Ajalon, » y la retrogradacion de la sombra del Sol diez grados sobre el cuadrante de Achaz; estos milagros se hallan extensamente comentados y cándidamente explicados.

Un pasaje que muestra claramente que el Espíritu Santo no habla con exactitud tocante á las cosas naturales, es el de las Leyes y de las Crónicas, en donde se hace mencion de la medida de la copa redonda (mar de bronce) de Salomon, cuyo diámetro era de diez codos y la circunferencia de treinta. En nuestros días, Arago (*Astronomia popular*) ha sacado simplemente de este hecho la consecuencia que los Hebreos no conocian la relacion de la circunferencia al diámetro; nuestro comentador deduce que el Espíritu Santo no se ocupa en estas cosas; lo que en el fondo, viene quizá á ser lo mismo.

Otro tanto sucede con las expresiones siguientes, tomadas de la Biblia: las extremidades de los cielos, — los fundamentos de la Tierra, — Dios ha extendido la Tierra sobre los mares, — el áspid se tapa los oídos, — los dos luminares del cielo, etc.; versículos que deben interpretarse no á la letra, sino en el sentido vulgar. A pesar de su propósito de salvar de esta manera todas las dificultades de la Biblia, nuestro autor se encuentra á veces muy apurado. Por ejemplo, cuando se trata de esta parábola de Jesus: « Al fin de los tiempos, las estrellas caerán del cielo; » anuncia desde luego que se ocultarán á nuestra vista, que es como si cayesen fuera de su lugar acostumbrado. Pero el Apocalípsis es mas explícito: « Las estrellas del cielo caerán sobre la Tierra, como la higuera arroja acá y allá sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. » Entónces el autor sale del paso de esta manera: « Se habla, dice, no de las verdaderas estrellas, sino de las estrellas *filantes* (1), de

(1) Se da el nombre de *estrella filante* (en frances *étoile filante*)

los cometas y otros metéoros ígneos á que la opinion del vulgo ignorante da el mismo nombre de estrellas. »

Diversos doctos personajes han caido en grandes absurdos cuando han querido sacar la verdad física de las palabras de la Escritura : como los sabios judíos, que prueban que el hueso de la pierna de Og el gigante tenia tres leguas de largo; y que á Moisés, que tenia catorce codos de estatura, teniendo en la mano una lanza de diez varas de longitud, dando un salto de diez codos, no se le podia alcanzar mas que al tobillo; y los que explican como el buey Behemoth devora de dia la yerba de mil montañas, diciendo que brota durante la noche tanta como se ha comido por el dia. Y los que hablan de aquella rana tan grande como una aldea de sesenta casas, la cual fué comida por una serpiente inmensa, y esta por un grajo mas maravilloso todavía, que al echar á volar, eclipsó al sol y llenó á todo el mundo de tinieblas. Pues si quereis saber, dice el escritor, el nombre propio de esta ave, mirad en el salmo 50, versículo 11, en donde se le llama צִיז, es decir, el ave de las montañas (1). Parece, añade con disimulo, que

ó exhalacion, á un metéoro ígneo, formado por un punto luminoso que traza una línea blanquecina, y aun rojiza, más ó ménos larga, que solo dura algunas veces un segundo de tiempo, recorriendo hasta 36 millas, á una altura que puede llegar á 500 millas inglesas.

Cada 34 años se verifica lo que llaman los astrónomos *luvia de estrellas*, que no es otra cosa que una copiosa aparicion y desaparicion, en los cuatro cuadrantes, de esas *estrellas flantes* ó exhalaciones. El autor de esta nota tuvo ocasion de observar ese brillante fenómeno meteorológico en la noche del 13 al 14 de noviembre de 1866 en la isla de Cuba, predicho de antemano por el astrónomo Olbers.

(El Trad.)

(1) Si se hubieran de apuntar todos los despropósitos que se han escrito por cuenta del texto bíblico, tanto por rabinos como por traductores ignorantes de la lengua hebrea desde los llamados *Setenta* hasta el escolapio P. Scio, se necesitarian algunos volúmenes. Se dice en el texto frances que traducimos, que la palabra hebrea צִיז (*Ziz*), que se encuentra en el versículo 11 del salmo 50, es el nombre propio del ave de las montañas; ave de tal tamaño que devoró una inmensa serpiente, la cual se habia tragado una rana de la magnitud de una aldea de sesenta casas.

La palabra *Ziz*, que se encuentra en la 2.ª parte del versículo, no

era algo pariente de esa otra ave de la cual nos dicen que eran tan largas las zancas que llegaban hasta el fondo de aquel mar en donde una hacha emplearia siete años en caer ántes de llegar al fondo.

Todos los comeptadores sujetos á la letra han caido en oscuridades análogas, más ó ménos graves, como los que sostienen que hay cúmulos de agua encima del firmamento estrellado, segun se dice en el Génesis. De esta opinion son Philon, Josefo, Justino mártir, Theodoro, San Agustin, San Ambrosio, San Basilio y casi todos los otros Padres; y tambien Beda, Strabus, Damasceno, y Tomás de Aquino. Justino mártir explica tambien el por qué : 1º para refrescar ó templar el ardor del movimiento de los orbes sólidos, y de ahí viene que Saturno es mas frio que ningun otro planeta; 2º para comprimir y estrechar los cielos, por temor de que, con la frecuencia y violencia de los vientos no llegasen á romperse y esparramarse unos con otros. Los que han disputado sobre la redondez ó no redondez de los cielos, segun las expresiones bíblicas, han caido igualmente en lo imaginario. Y los que de esta palabra de Job : « Quién es el que ha cerrado el mar con puertas, » deducen que es un milagro perpetuo que la Tierra no esté sumergida. Y los que piensan en esta palabra de Jesus : « Llévanos

expresa en él sino *fiera silvestre*, segun García Blanco en su reciente Traducción de los Salmos, y *viviente del campo*, segun Winer y Gessenio. Una de las buenas traducciones de la Biblia es la alemana de Stier, el cual traduce el versículo de esta manera :

« Ich Henne alles Gervogel der Berge, und das Gerthier des Feldeis ist vor mir. »

Conozco toda ave de los montes, y la bestia de los campos es mia. Se ve, pues, que en la 1.ª parte del versículo se habla solo de *conocer toda ave de montes*; en la 2.ª, de la *bestia de los campos*; y en manera alguna de ese tremendo pajarraco que al echar á volar eclipsó al Sol y llenó á todo el mundo de tinieblas. — ¡Tonterías rabínicas!

Y en cuanto á traducir el escolapio Scio la palabra *Ziz* por *esplendor* y no por animal, manifiesta su ignorancia respecto á la lengua hebrea, y comete un disparate, pues en el salmo se habla de sacrificios, y nunca se ha ofrecido á Dios en sacrificio el esplendor de los campos.

(El Trad.)

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

á la alta mar » (*in altum* en latin), inferen de ella en seguida que el mar está mas alto que la Tierra. Pero huele esto tanto á « ignorancia monacal, » que no puede uno dejar de reirse.

Algunos han querido probar que las estrellas tenían entendimiento ó inteligencia, á causa de este pasaje de la Escritura : Mis manos han extendido los cielos como una tienda para habitar en ella. He mandado á todo su ejército. Pero dicen, solo las criaturas inteligentes son capaces de preceptos ; luego es preciso que las estrellas tengan almas racionales. De esta opinion eran Philon y muchos rabinos, que añaden que las estrellas cantan á todas horas las alabanzas de Dios, á causa de esta palabra de Job : « Las estrellas de la mañana cantan juntas ; » y de David : « No hay lenguaje de donde no sea oida su voz ; y sus palabras han sido oidas hasta el cabo del mundo. » Y de la palabra דים de Josué, que quiere decir « silencio ». Probablemente movido por consideraciones de esta naturaleza, auguró Orígenes que las estrellas se salvarían.

Es preciso, pues, creer que tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo no tienen ninguna relacion con las verdades físicas ; y que no hay qué torcer sus versículos para sacar de ellos alguna cosa en favor de la ciencia. La Escritura, en su propia y natural significacion, no afirma ni el movimiento ni la inmovilidad de la Tierra ; cuando se pretende encontrarle un sentido, podemos empeñarnos en encontrarle otro. Cuando se comentan estas palabras del Eclesiástico : « Una generacion pasa y otra generacion viene, pero la Tierra permanece eternamente firme » y se deduce del *In æternum stat* la inmovilidad de esta Tierra, nosotros traducimos no « inmóvil, » sino « permanente ; » y creemos que el deducir de ahí la inmovilidad de la Tierra sería una cosa tan débil y tan ridícula como si se racionase de esta manera : Un molinero va y otro molinero viene, pero el molino siempre permanece : luego el molino no tiene movimiento ninguno.

El cáustico escritor resuelve de esa manera, unas tras otras, las numerosas dificultades que presentaba la

interpretacion de la Biblia á los partidarios de la nueva doctrina ; dificultades que áun hoy nos oponen algunos disidentes atrasados. Todas estas expresiones defectuosas : « los dos cabos del mundo, » « el centro de la Tierra, » « los sostenes del cielo, » « la solidez de la Tierra, » etc., etc., están justificadas. No insistiremos tampoco mucho en este género de argumentos ; pues para poner en toda su claridad la discusion dogmática suscitada en esta época, se necesitarían muchos volúmenes, sobre todo si hubieramos de enumerar las preguntas y sus respuestas. Fuera de que, este aspecto ha perdido mucho hace dos siglos de su gravedad y profundidad, y en nuestros dias su mayor interes es mas bien de curiosidad histórica que de conciencia. A estos ejemplos podemos añadir los argumentos de conveniencia que, en aquella época, estaban muy en boga.

Es conveniente, dice Fromond, que el infierno, que está en el centro de la Tierra, esté lo mas léjos posible del sitio de los bienaventurados. Es así que este cielo, que es el asiento de los bienaventurados, es concéntrico al cielo de las estrellas ; luego es preciso que nuestra Tierra esté en medio de esta esfera, y así por consiguiente en el centro del universo. — ¿Cómo resistir al poder de un argumento tal, y al de la interpretacion siguiente ? Los negocios humanos son á menudo llamados en la Biblia : Obras que se hacen debajo del Sol. Luego es preciso que la Tierra esté debajo de él, y por consiguiente mas cercana al centro del mundo que el Sol.

Las razones de conveniencia estaban entónces, decimos, muy en boga ; ni áun los talentos mas independientes se libraban de ellas. El mismo Keppler las rinde tributo, y áun por medio de ellas, despues de treinta años de investigaciones sobre las figuras simétricas de la geometría, encontró sus tres leyes inmortales. Así, no hay que esperar que nuestro autor se haga superior á ellas. Hay errores inherentes á los siglos, que nadie puede reconocer. Keppler no quiere mas que seis órbitas de planetas, porque no se necesita que haya mas de cinco proporciones, como cuerpos regulares hay en matemáticas. En el libro de que habla-

CAROLINA ALFONSO